

¿POR QUE UNA "TEORÍA" DE LA ARQUITECTURA?

Juan Miguel Ochotorena Elicegui

Se me brinda la oportunidad de escribir en el primer número de la **Revista de Edificación**, publicación que parece desea compaginar un tono general de tipo técnico con incursiones en la teoría, la historia o el diseño. Nunca más a propósito, entonces, la pregunta: ¿por qué una "teoría" de la arquitectura?

La cuestión se hace especialmente acuciante en un momento en el que la profesión asiste a la proliferación de títulos históricos, historiográficos y de debate ideológico aplicado a la arquitectura, fruto de un despliegue editorial sin precedentes. El problema se agrava cuando se comprueba que no se trata de un bombardeo exterior más o menos poderoso, sino que la misma profesión lo alienta desde círculos de opinión organizados en torno a las revistas especializadas y también en los propios ambientes académicos. El peligro que advierte un observador ajeno, particularmente quien se ocupa de pensar en la arquitectura desde puntos de vista más próximos a su realidad constructiva o de gestión, es el de la posible disociación esquizofrénica entre un pragmático comercio del espacio y la sofisticación autorreflexiva de las cada vez más eruditas, lejanas y difíciles "culturas" de las élites arquitectónicas: disociación cuya consideración remite a la permanente contradicción que supone el intento de construir la realidad a partir de un mundo imaginario. Más todavía, la visión de la explosión literaria experimentada últimamente en el seno de una sociedad cuya dirección en el más amplio sentido parece ser asumida progresivamente por los *mass-media* y las técnicas de *marketing* publicitario -el "éxtasis de la comunicación"¹-, abona la desconfianza hacia todo lo que recae bajo el título "teoría de la arquitectura" como algo que no toca directamente a los problemas prácticos del ejercicio de proyecto y puede ser manipulado y desorbitado, a la postre, en dependencia de los mecanismos de mercado, en función de sus expectativas de consumo. Por fin, gozarían también de plena vigencia en esta perspectiva las reservas expresadas por Bruno Zevi respecto de la especulación propia de los arquitectos: "los arquitectos profesionales, que por sufrir los problemas de la edificación contemporánea tienen una profunda pasión por la arquitectura, en el sentido vivo de la

palabra, carecen hoy en su mayoría de una cultura que les dé derecho a entrar legítimamente en el debate histórico. La cultura de los arquitectos -concluye- está ligada demasiado frecuentemente su polémica"².

El recelo, la alarma incluso, ante la *hiperteorización* de una disciplina de suyo eminentemente práctica, e inmersa en unas condiciones de desarrollo operativo ya por sí más que complejas, podría inducir en más de una ocasión a un cauto y hasta reconfirmado refugiarse en el seguro parapeto de lo pragmático, a la búsqueda de una progresivamente creciente eficiencia técnica. La actitud se refuerza, al cabo, visto el mar de confusiones, quizá con manifestaciones extremas de cierta gratuita frivolidad, en que la arquitectura se encuentra sumergida en las últimas décadas por lo que se refiere a su expresión plástica: una pluralidad entrópica de alternativas lingüísticas defendidas en términos de opción histórica a menudo desde angulaciones puramente formalistas. El repliegue hacia un ejercicio razonable del oficio, atento a los procesos constructivos de la forma y sin prejuicios ni especiales intereses estilísticos, aparece entonces como efecto de la saturación de imágenes característica de la memoria postmoderna, reponiendo con alivio escarmentado el objetivo último e ineludible de la arquitectura de servir a la demanda social mas inmediata, cumpliendo y satisfaciendo sus exigencias mínimas con unos indispensables resultados, realmente mensurables, en términos de eficacia.

Pero...: ¿no era precisamente el ideal de eficacia el estandarte de la vanguardia *heroica* del Movimiento Moderno, hace ya sesenta años? ¿y no ha sido acaso su desarrollo histórico lineal el caldo de cultivo de la teorización de la arquitectura en términos programáticos, con vistas a su transformación histórica y, en último término, a su actualización formal? ¿no es precisamente esta dinámica la que deriva necesariamente en la dialéctica irreductible del enfrentamiento de artificio e instrumentalidad de la arquitectura, de compromiso social y autonomía disciplinar, para terminar en el escepticismo crítico y el subjetivismo interpretativo que sólo permiten el acuerdo básico en el reconocimiento extremo de la condición de la propia viabilidad pragmática de la arquitectura: su eficacia (eso sí, ahora ya como una afirmación inevitable hecha al regreso, en retirada, de una demasiado ingenua aventura utópica)? ¿se trata acaso de reiniciar la andadura de ese círculo vicioso el de la dicotomía *forma-función* establecida como dilema en términos dialécticos, de oposición?

La cuestión remite al análisis de las bases de la conciencia moderna y a la

¹ Cfr. J. BEAUDRILLARD, "El éxtasis de la comunicación", en H. Foster ed., *La postmodernidad*, Kairós, Barcelona 1985.

² B. ZEVI, *Saber ver la arquitectura*, Poseidón, Barcelona 1976, pág. 13.

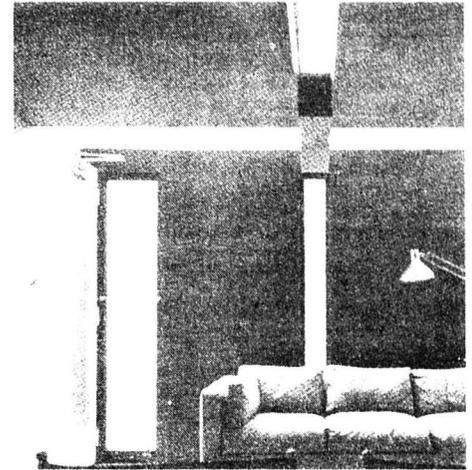
revisión crítica del "proyecto moderno" tomado en toda su amplitud, en general: un problema de raíces filosóficas una de cuyas expresiones es la modernidad arquitectónica, como modo de enfrentarse al ejercicio de proyecto presente ya en la historia al menos desde la Ilustración³, y que tiene como consecuencia, precisamente, un cambio trascendental en la definición del *espacio* del discurso teórico aplicado a la disciplina; cambio que es correlativo del *historicismo* básico que argumenta, la define como tales, las actitudes de modernidad. Pero, dejando aparte tan ambiciosas y elevadas perspectivas, entre otras razones por lo inabarcable de sus desarrollos en unas pocas líneas, cabe fijar la atención en la históricamente comprobada insuficiencia del paradigma de *funcionalismo*, traducción directa del ideal moderno de eficiencia práctica absoluta, correlativo a su vez del rechazo de la especulación teórica por su presunta inutilidad real.

La perspectiva histórica permite, en efecto, advertir la insuficiencia de los planteamientos basados en la afirmación programática de un funcionalismo estricto; insuficiencia que puede señalarse en una doble dirección: por una parte, en su reduccionismo teórico al entender la arquitectura y a sus usuarios en una perspectiva unilateral de corte mecanicista; pero además, por otra, como *insuficiencia argumental* -éste es el aspecto que aquí interesa destacar-, en la medida en que se trata de un punto de vista negativo o exclusivo (el enfoque de la arquitectura despojado de toda obra consideración que no sea la utilitaria), en el sentido de que no consigue "cerrar" la delineación propositiva de una metodología de proyecto capaz de controlar y dirigir los procesos de generación de la forma arquitectónica. Independientemente, pues, de su deficiente atención a las exigencias *habitativas* del usuario, el funcionalismo no alcanza a definir desde sí un determinado camino de resultado formal. Bruno Taut había expresado lo contrario: "si todo se funda en una sólida eficiencia, ésta, o mejor dicho, su utilidad, formará su propia luz estética"⁴; y Terragni: "la nueva arquitectura, la verdadera arquitectura, debe ser resultado de una estricta adecuación a la lógica, a la racionalidad. Un constructivismo rígido debe dictar las reglas. Las nuevas formas de la arquitectura deberán recibir valor estético del carácter de necesidad"⁵; y Mies: "Rechazamos toda especulación estética, toda doctrina y todo formalismo (...). Rechazamos tener

problemas de forma: sólo problemas de construcción. La forma no es el objetivo de nuestro trabajo, sino sólo el resultado. La forma por sí misma no existe..."⁶; etc. Pero la historia ha confirmado implacablemente la inviabilidad de ese propósito: Venturi, Stern, Rowe, etc., han hecho hincapié en lo engañoso de su puesta en práctica, en una arquitectura que, pretendiéndose la exclusivamente funcional, no sólo no lo era sino que además tampoco lo procuraba de hecho, al ser concebida siempre en dependencia de patrones estilísticos -el Estilo Internacional al fin- a los que quedaba confiada la mera significación simbólica de aquella funcionalidad. La estricta adaptación de la forma a la finalidad es un criterio insuficiente para llegar a definirla: un funcionalismo "de vía estrecha", como ya advirtiera también Zevi, sólo puede tener sentido "en un planteo polémico, y por tanto efímero"⁷.

Como consecuencia, tras de su profesión inicial de un funcionalismo a ultranza, la propia modernidad arquitectónica se sometería históricamente a un proceso ulterior de revisión práctica de sus supuestos caracterizado por la creciente relevancia adquirida por los valores plásticos e iconográficos, a la búsqueda de un universo formal actualizado. Un universo formal en favor del cual hubo que acudir, lógicamente, a argumentaciones históricas -Siegfried Giedon, Nikolaus Persner, etc.- que asumían las misiones "teóricas": confusión de historiografía y teoría... En definitiva, así, la modernidad arquitectónica no pudo ofrecer un modelo teórico cerrado; se convertía en una dinámica sin fin en cuyo desarrollo podrían identificarse la mayor parte de las alternativas históricas de *postmodernidad*: nuevos universos icónicos actualizados, ya en una pretensión programática más o menos revolucionaria y utópica, ya con un carácter desencantado y reivindicativo, unidos a sus respectivas argumentaciones históricas; proliferación de lenguajes y argumentos, ante la que las voces que arrancan del escepticismo o del hastío sólo son capaces de reclamar un momento de serenidad y de cordura para no olvidar la condición de oficio y servicio de la arquitectura y recuperar, desde un principio de realismo, su malparado pero absolutamente irrevocable carácter de *ars utilitaria*: la eficacia práctica inmediata.

Probablemente en las actuales circunstancias, la apelación a la eficacia no es ya una afirmación grandilocuente o triunfalista para una arquitectura nueva, sino el mero reconocimiento escueto y precavido de una condición *sine qua non* del arte edilicia, impuesta y recordada desde su exterior. Ahora bien, ¿cómo evitar caer de nuevo en aquella seduc-



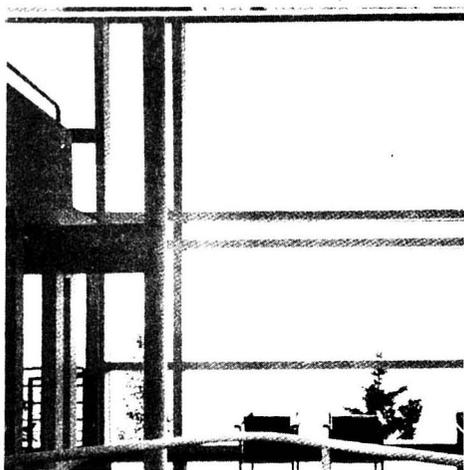
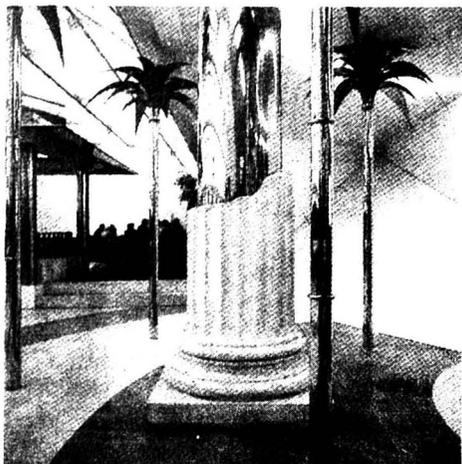
³ Cfr. T. MALDONADO, "El Movimiento Moderno y la cuestión *post*", en *Arquitecturas bis*, nº 48, 1984

⁴ B. TAUT, *Modern Architecture*, The Studio Ltd., Londres 1929, pág. 9.

⁵ G. TERRAGNI, *Manifiestos, memorias, borradores y polémica*, Ed. C.O. de Aparejadores de Murcia, 1982, pág. 44.

⁶ L. MIES VAN DER ROHE, *Escritos, diálogos y discursos*, Ed. C.O. de Aparejadores de Murcia, 1981, pp. 25-27.

⁷ B. ZEVI, *op.cit.*, pág. 30.



ción que condujera históricamente a prolongar su alcance hasta hacerla programática? ¿cómo, cuando la apelación al realismo utilitarista -planteado en un sentido tan amplio como se desee- convive, e incluso resulta de él, lo mismo que en el caso del Movimiento Moderno, con un desdeñoso recelo de los discursos teóricos e históricos y de las ofertas lingüísticas impulsadas en buena medida en función de los mecanismos arbitrarios de la moda? El "funcionalismo sólo" es el funcionalismo moderno que acabara convirtiéndose en muchas otras cosas contradiciéndose a sí mismo; entonces: sentido común; el *buen sentido*, una prudente cautela.

¿Por qué, entonces, una "teoría" de la arquitectura? Dada la complejidad de relaciones e imbricaciones de arquitectura e ideología, -complejidad que argumenta paradigmáticamente Manfredo Tafuri⁸-, el recurso al sentido común aparece como un auténtico *Deus ex machina* que todo lo resuelve, sin que por ello haya que dudar de su oportunidad concreta. Lo que sucede es que el sentido común se ve afectado de lleno por la ideología "moderna", la misma frente a la cual -frente a su concepción, formulación y desarrollo del funcionalismo- parece estar llamado a situarse. Hannah Arendt, por ejemplo, se refiere precisamente a la transformación del sentido común en otro más interior como algo característico de las actitudes intelectuales que impulsaran el "proyecto moderno": "...el sentido común, que en otro tiempo había sido el que ajustaba a los otros sentidos, con sus sensaciones íntimamente privadas, en el mundo común, al igual que la visión ajustaba al hombre al mundo visible, se convirtió en una facultad interior sin relación con el mundo. Se le llamó sentido común simplemente porque era común a todos. Lo que entonces tienen en común los hombres no es el mundo, sino la estructura de sus mentes, y ésta no pueden tenerla en común, estrictamente hablando; sólo su facultad de razonamiento puede ser común a todos. El hecho de que, planteado el problema de saber qué suman dos más dos, la respuesta de todos sea la misma, cuatro, en adelante se convierte en el modelo de razonamiento del sentido común"⁹. Es desde luego aquella otra, la *clásica*, la acepción de la expresión "sentido común" según la cual éste puede moderar el racionalismo moderno y su utilitarismo planteado más o menos radicalmente.

Pero el sentido común no es refractario de la "teoría", entendida en su significado último como discurso acerca de la naturaleza de la arquitectura. Dice Jacques Maritain en relación con la filosofía, "teoría" por excelencia: "(La

filosofía) es superior al sentido común, como el estado perfecto o *científico* de un conocimiento verdadero es superior al estado imperfecto o *vulgar* de este mismo conocimiento. Sin embargo, la filosofía puede ser accidentalmente juzgada por el sentido común"¹⁰. Argumentar ese sentido común: tal sería precisamente el papel de la teoría. Respecto de su necesidad, baste señalar la delicada y precaria posición del sentido común desarmado y desguarnecido al socaire de los vientos: la seducción de la razón instrumental, el poder de las imágenes, las contaminaciones ideológicas intrínsecas a todo ejercicio cultural libre, la tendencia evasiva posible hacia un "narcisismo" esteticista"¹¹...

¿Por qué, pues, "teoría" de la arquitectura? Al fin y al cabo, hay una respuesta contundente y mucho más sencilla: por la misma oportunidad, pertinencia y aún posibilidad, de la pregunta; ella misma es ya, en sentido pleno, "teoría".

⁸ Cfr. M. TAFURI, *La esfera y el laberinto*, Gustavo Gili, Barcelona 1984, Prólogo.

⁹ H. ARENDT, *La condición humana*, Seix Barral, Barcelona 1974, pp. 370-371.

¹⁰ J. MARITAIN, *Introducción a la Filosofía*, Ed. Club de Lectores, Buenos Aires 1971, pág. 116.

¹¹ Cfr. A. TZONIS y L. LEFAIVRE, "La fase Narcisista de la arquitectura", en *Arquitectura*, nº 226, 1980.